

Huberto Batis, el último gran editor*

• Leopoldo Lezama •

Desde hace un par de años, el antiguo editor del suplemento *Sábado* del diario *Unomásuno*, y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras por más de medio siglo, Huberto Batis, se encuentra en casa por prescripción médica. Sin embargo, su delicado estado de salud no le impide estar al día en las noticias y en las novedades literarias. La entrevista que se presenta a continuación se llevó a cabo hacia finales del año 2015, cuando el Instituto Nacional de Bellas Artes le organizó un homenaje nacional por sus ochenta años. Hoy Huberto Batis continúa siendo un lector voraz y un crítico implacable del mundo intelectual y literario mexicano. Desde hace algunos años publica sus memorias en el suplemento dominical *Confabulario* de *El Universal* (su última colaboración fue en abril del 2018 sobre Inés Arredondo).

*

Huberto Batis está motivado. El enclaustramiento y su retiro de las aulas universitarias luego de casi sesenta años de docencia no han hecho mella en su ánimo. Mucho se ha hablado del editor veterano los últimos días porque el INBA le hará un reconocimiento por sus ochenta años, y porque hace algunos días su retiro de la UNAM causó revuelo en la prensa cultural mexicana. Batis está atento al timbre de su casa, porque en unas horas llegará el equipo de prensa de Bellas Artes para grabar un video que se transmitirá el día de su homenaje, al cual no podrá asistir por problemas de salud. La entrevista comienza al respecto de su partida de la UNAM.

Maestro, gracias por la charla. Habrá mucho que platicar.

Yo podría hacer un libro de todo lo que la gente se calla. En cincuenta años no dejé títere con cabeza.

* Esta entrevista se realizó en diciembre del año 2015.

El Universal y el *Excelsior* publicaron lo de su última clase, también muchos portales de cultura.

Pues a mí no me avisaron. Supe eso porque vinieron a traerme el periódico. Después me llamaron los del *Excelsior* y me pidieron que les diera mi dirección. Y también me dijeron que propusiera a cinco personas para que les enviaran un ejemplar. Y yo escogí a cinco amigos muy queridos que al otro día me hablaron para mentarme la madre, “¡para qué me mandas eso!”. Yo les dije, “es que ahí escriben amigos míos”. Yo leo a Humberto Musacchio, que tiene su columna ahí.

Causó mucho revuelo que usted se fuera de la universidad. *(Un conmutador suena junto a su cama. El cuarto de Huberto Batis está en el tercer piso de un condominio en las alturas de la delegación Tlalpan, en la Ciudad de México. La tarde es lluviosa porque hace unos días entró un huracán por el Pacífico).*

¿Quieres café? Tenemos un aparato increíble; yo le timbro aquí para pedir auxilio y allá abajo me escuchan.

Sobre la mesa hay algunas novedades editoriales. Está el libro sobre Octavio Paz del abogado Ángel Gilberto Adame, Octavio Paz. Los misterios de la vocación; hay dos volúmenes de Guillermo Sheridan editados por Era también sobre Paz. Antes de continuar, Batis coge un volumen compilado por Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez, El intelectual mexicano, una especie en extinción.

Mira, échale un ojo.

Se ve interesante, ¿cómo le fue ahí?

Me fue muy bien, pero me cansé mucho. Me en-

trevistaron varios días, venían por las tardes y yo hablé y hablé. Y la verdad es que ahora lo único que me interesa es lo del huracán que destruirá al país (el huracán Patricia). Los gringos tienen dos horas anunciando el desastre; le llamaron al Secretario de la Defensa y al de Comunicaciones. ¡Pero aquí nadie hace nada! ¡El peor huracán de la historia del mundo y nadie mueve un dedo! Así es la vida en esta montaña donde vivo. Las nubes y el viento cambian a voluntad y el sol ni siquiera se ha dignado en salir. Estoy muy desvelado. Tú me disculparás, pero es que toda la noche estuve hablando con Fernando Tola de Habich que está en Barcelona. Estuvimos hablando con este aparato maravilloso (*muestra su iPhone*); él me enseñaba su biblioteca y yo mi oxígeno.

¿Por qué no comenzamos con sus inicios como editor?

Mi primera revista la comencé el primer semestre de la carrera y duró siete años. Fue una revista que hice con mi amigo Carlos Valdés y se llamó *Cuadernos del Viento*. En el primer número publicamos a puros estudiantes: Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco de la Facultad de Derecho; Eduardo Lizalde de Filosofía, y el único que desentonó fue Tomás Mojarro, que era chofer de un militar. Ese fue el primer número; así comencé como editor. Éramos jóvenes con buen ojo porque todos los que publicamos llegaron a ser grandes escritores. Pero no fue fácil, no pagábamos nada; al contrario, si querían publicar tenían que comprar una suscripción que costaba cincuenta pesos al año, que en aquel tiempo era un capital. Y publicamos a jóvenes desconocidos: José Agustín, Parménides García Saldaña y Gustavo Sainz; que, como todos sabemos, después hicieron obras importantes. Y publiqué también a Gabriel García Márquez, de modo que para ser una revista estudiantil no estaba mal.

Recuerdo que le mandé la revista a mi mamá a Guadalajara y ella la quemó en el boiler porque le pareció muy obscena. Los boilers todavía eran de leña y ahí la echó mi mamá. “No me mandes tus porquerías”. “¿Por qué hiciste eso?”, le reclamé. Porque Juan García Ponce, en un cuento que se llama “Tajimara”, cuenta que dos muchachos van en un coche rumbo a un pueblo,

y en algún momento se detienen y él le dice a ella “quítate las bragas”, ni siquiera le dijo “quítate los calzones”. Y mi mamá leyó eso y pegó un grito. Pero García Ponce escribió “bragas” precisamente para no ofender a la gente y aun así se escandalizaron.

¿Por qué no habla de sus primeros oficios? ¿Usted también tuvo trabajos raros como Rulfo, que fue vendedor de llantas?

Mi primer trabajo fue algo insólito. Mi papá un día me dijo: “tú tienes que ser médico como yo, porque yo ya me voy a morir y qué va a ser de tu madre y de tus hermanitos; se van a morir de hambre”. Me presentó un panorama sombrío. Mi papá tenía un laboratorio y ahí me llevó como ayudante. Entonces mi primera chamba fue lavar probetas. Y luego me puso a lavar frascos de la gente que llevaba sus muestras de orina, esputos y mierda. Tenía un patio lleno de esos recipientes y ahí vi algo que nunca pude explicarme. Un día llegó mi papá y me dijo: “mira a este tipo cómo metió una caca perfectamente enrollada en un frasquito de perfume”. Y yo dije, ¡ay caray!, esta porquería es de un realismo increíble. ¿Cómo la metió ahí? Un perfumero con un agujerito diminuto. Es un enigma que todavía no he resuelto, toda la vida he pensado cómo le habrá hecho ese hombre, y sólo puedo pensar que construyó una botella luego de haber hecho esa caca. Porque están esas botellas con una pera adentro que venden en algunos países, pero ahí la explicación es que primero echan la semilla y luego crece la pera adentro. ¡Pero ni modo que la caca crezca adentro del perfumero! Eso hubiera implicado que primero creciera un hombre ahí. No es sencillo ese problema.

¡No, no es sencillo en lo absoluto!

Entonces mi papá me dijo que le ayudara a lavar todos esos frascos con la caca y orines secos. ¡Qué cosa tan asquerosa! “¿Y cómo voy a lavar eso?”, le pregunté. “Con jabón y escobeta”. No me dio guantes ni nada. Y luego que ya lavé todo, cientos de botes. “¿Y ahora qué hago?”. “Pues véndelos”. “Pero, ¿dónde vendo eso?”. “Tú sabrás, ese es tu problema”. Yo no sabía qué hacer, porque la gente lleva sus muestras en un frasco de Nescafé o en un garrafón de Electropura, pero la realidad es que sólo te piden unas gotitas. Las muestras para análisis es una ciencia

mayor. Yo he ido a hacerme análisis de orina y he preguntado, “¿hasta dónde lo lleno?”. “Mire, la primera evacuación la tira al excusado y de la siguiente guarda un poco”. Pues encontré dónde vender los botes y me pagaron bien. Ese día volví muy contento a mi casa. Mi papá me preguntó, “¿dónde está la lana?”. “Yo los lavé y los vendí”, le dije. “Y los botes de quién eran, eran míos”. “Bueno, entonces dame una parte”. “No, yo te doy comida y sustento, y en última instancia el santísimo sacramento”. Y no me dio nada. Yo pensé que así iba a ser siempre mi trabajo de ayudante de laboratorio. Mi papá se dormía y a mí me ponía a analizar muestras de sangre en el microscopio para calcular los glóbulos rojos y saber si alguien tenía alguna enfermedad. Me desilusioné de la medicina y por eso me interesé por los estudios literarios.

Entonces se vino a la ciudad de México.

Agustín Yáñez me recomendó con Alfonso Reyes, y Reyes me envió becado a El Colegio de México. Mi primera formación fue como filólogo trabajando en la reputada *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Entonces yo le pregunté a Reyes: “¿Y qué tengo que hacer?”. “Pues lo que tú quieras, El Colegio de México es una institución para que los intelectuales hagan lo que quieran”. Pero debo tener alguna obligación. “Pregúntale a Antonio Alatorre que es el director”. Y yo no sabía lo que era la filología. Fui con Antonio Alatorre y me puso a corregir las pruebas de la revista y así estuve años de esclavo. Y luego Antonio Alatorre y Margit Frenk se fueron a Estados Unidos como braceros intelectuales y volvieron años después con muchos dólares para hacer su casa.

¿Cómo fue su encuentro con el mundo de los periódicos de la ciudad?

Yo fui a los veinte años de edad a dejarle a Fernando Benítez un artículo sobre artes plásticas, porque yo quería ser pintor y eso nadie lo sabe. Me robaba las servilletas de Sanborns y las pintaba con una técnica que se llama *wash*, que es semejante a la acuarela. Y en las servilletas funcionaba porque eran muy gruesas. Yo quería ser pintor desde que vivía en Guadalajara. Mi papá me decía: “A ver enseñame tus pinturas”, pero yo no tenía ninguna pintura y entonces me reclamó, “pero un pintor pinta desde niño, ¿tú crees

que José Clemente Orozco y Diego Rivera no pintaban sus cuadernos desde el kínder? Ya dibujaban en las paredes y en el papel del baño. ¿Y tú qué has pintado? ¿Cómo quieres ser pintor?”.

¿Y cómo empezó a dar clases en la Facultad de Filosofía?

Por Agustín Yáñez que fue mi profesor y me dejó sus clases; ahora ya no se puede hacer eso, pero en aquel tiempo podías heredar tus clases. A Agustín Yáñez lo nombraron Secretario de Educación en el periodo de Gustavo Díaz Ordaz y entonces me mandó llamar para suplirlo. Y para mí fue una época gloriosa porque tenía mis clases y estaba al frente de la revista de Bellas Artes que me encomendó el propio Yáñez. Yo llevé a varios compañeros de Jalisco para que me ayudaran con la revista. Yáñez era muy protector con los jaliscienses porque había tenido que trabajar mucho cuando llegó a la ciudad. A Juan José Arreola lo ayudó para que diera sus talleres literarios. Pero muchos años antes de que Arreola diera sus famosos talleres en la Facultad de Filosofía, Octavio Paz también dio talleres cuando era comunista y se vestía de mezclilla como Diego Rivera. Y dirigió su revista *Taller*, porque según ellos eran obreros. Hace poco salió el libro de un abogado, ¿no supiste ese chisme? (*se refiere a Octavio Paz. El misterio de la vocación*)

El abogado publicó algunos documentos que causaron alboroto.

Pues el abogado Gilberto Adame descubrió que Octavio Paz era pésimo estudiante. Y todos sus biógrafos cuentan que terminó Derecho y que estudió Letras, y ¡nada! ¡No hizo nada nunca!

Pero usted sí estudió, Huberto, y tiene el grado de Maestro. ¿Cómo le fue cuando llegó a la universidad?

Mal, porque tuve que soportar a las mafias académicas. Margit Frenk se sentía dueña de la Facultad de Filosofía y siempre habló mal de la UNAM. ¿Y por qué? Porque se frustró cuando la corrieron de El Colegio de México y se vengó con nosotros. Antonio Alatorre, su marido, anunció que un famoso psicoanalista se lo había llevado a un retiro para tratarlo y le había dicho: “tú eres un homosexual reprimi-

do”. Y Alatorre se alarmó: “¡pero cómo voy a ser un homosexual reprimido si tengo hijos y estoy casado!”. “Bueno, pregúntele a su esposa y va a ver”. “¿Pero entonces qué hago?”, dijo Alatorre. “Pues ejerce”, le recomendó el psicoanalista. “¿La filología?”. “No, no. La homosexualidad. Estás viejo, pero no falta un roto para un descuido”. Llegó a su casa y le comunicó a Margit y a sus hijos: “me acaban de decir que soy un homosexual reprimido”. Y sus hijos le dijeron: “ay papá, ya te diste cuenta”, y Antonio añadió que el doctor le había aconsejado ejercer, porque de lo contrario podía volverse loco. “Me tengo que ir del país”. Pero los hijos consideraron que no era para tanto, y Alatorre, que no quería desestimar las opiniones médicas, ¡me echó ojo a mí! Entonces Antonio se volvió muy afectuoso conmigo: “yo soy tu tutor, entonces tenemos que vernos más seguido”. Y yo pensé: “¡cruz cruz, que huya el diablo y que venga Jesús!”. Una vez nos encontramos en Cuernavaca, en la casa de un amigo que tenía alberca. Y ahí estaba nadando Antonio, se había dejado crecer el cabello y se sacudía con mucho erotismo. Entonces me vio y salió, y empapado como estaba me dio un abrazo: “¡Hubertito, qué andas haciendo aquí, la providencia nos ha juntado!”. Y yo grité: “¡Auxilio, sálvenme!”. Y lo pagué caro porque Antonio Alatorre y Sergio Fernández me prohibieron dar clases. Yo tenía la materia de Literatura comparada y Alatorre descargó su furia en mí: “cómo te atreves a dar esta materia, si yo no la doy y conozco diez lenguas y soy traductor, y tú no sabes ni inglés, ni francés, ¡ni español! No sabes nada. ¿Cómo puedes estar dando clases de literatura comparada?”. Y yo además tuve la osadía de pedir que me nombraran titular de la materia, y se reunieron varios maestros y me pidieron un trabajo para calificarme. ¡Y me reprobaron!

Y le quitaron la materia.

Me la quitaron. Pero la influencia de Sergio Fernández nunca fue muy buena. Él fue uno de mis primeros maestros, y cuando a los tres meses de haber llegado a la universidad visité a mi familia en Guadalajara, regresé hablando con maneras muy extravagantes. Yo llegué a mi casa diciendo: “¿y quién es esa mujeruca que anda por aquí?”. “¡Es la señora del aseo, Huberto!”, me dijo mi mamá. “¡No! ¡Es una mujeruca y además medio torpona!”. Y mi mamá se puso a llorar porque

dijo que había yo llegado totalmente amanerado. Pero es que así hablaba Sergio Fernández: “¡mujeruca, mujercua, no seas torpona!”. Y una vez mi amigo Carlos Valdéz se peleó a muerte con Sergio Fernández y fue a insultarlo a su casa, le tocó el timbre y cuando Sergio abrió la puerta le dijo: “chingas a tu madre cabrón”. Y Sergio le gritó: “¡mujeruca, mujercua, torpona, torpona!”, y pegaba con el paraguas en el piso. Entonces pensé cambiarme a la carrera de filosofía, pero en esos tiempos era muy peligroso, porque te convencían de que lo importante era el ser, no existir, y la gente se suicidaba.

Pero después de todo la UNAM se ha portado bien con usted.

¡Nada! Bernardo Ruiz, René Avilés Favila y Sandro Cohen, mis alumnos de la UAM, por lo menos me hicieron un homenaje, porque en la Facultad de Filosofía no me hicieron nada. Mis amigas Eugenia Revueltas y Carmen Galindo me contaron que querían organizarme un homenaje, pero las autoridades se negaron gracias a que usted, señor Lezama, publicó una nota de mi última clase que me hizo mundialmente famoso. Pero yo ahí dije que el rector José Narro nos iba a dar tacos sudados y pulque a los docentes con cincuenta años de magisterio. ¡Como creen que un homenaje a Huberto Batis! ¡De ninguna manera! Dijeron que el Aula Magna no iba a estar disponible en cien años. Pero finalmente sí fui a la entrega del reconocimiento que me hizo la UNAM. El auditorio estaba lleno y cuando bajó el rector Narro por una escalerita casi se mata. Yo fui el primero que nombró, pero no por el respeto que me profesa, sino porque no había nadie con A y yo soy Batis. Y ahí salió en el periódico, el rector dándome la medalla y yo extasiado. Me reconocieron nada más cincuenta años de docente, porque los otros siete son de la Imprenta Universitaria donde también trabajé. Pero ahí estuve diez años y coincidí con el último de los modernistas, Francisco González Guerrero, que era de Jalisco y era alcohólico. Llegaba y pellizcaba a María del Carmen Millán y a Clementina Díaz de Ovando, una mala influencia. Me sacaba de la imprenta y me llevaba a emborracharme.

Pero se va contento de la UNAM, Huberto, después de medio siglo de formar académicos, investigadores, ensayistas y editores.

Pues me voy y ya. Yo pertenezco a una cosa que se llama el AAPAUNAM, que maneja las prestaciones de los académicos. Y ahora que me retiré me dieron este premio (*muestra una pluma de plástico*) por cincuenta años de labor. La UNAM me dio una pluma atómica, le aprietas y sale la punta. Es la más chingona que he tenido, porque además dice UNAM. Y luego me preguntaron que cuánto voy a aportar a Fundación UNAM para retribuir todo lo que han hecho por mí. Ahora dicen que soy “unamita”, qué cosa tan horrible; yo soy “ex UNAM”, acaso. La otra vez vino un alumno a decirme que si era yo *unamita*, y le dije: “¡tu chingada madre, ese será Narro! Yo soy ex UNAM”. Y voy a confesar algo: yo me fui voluntariamente, no me corrieron. Me fui voluntariamente a fuerzas porque llegué a ochenta a años y el presidente Peña Nieto le dijo a Narro: “óigame, me han dicho que la UNAM es un asilo de ancianos”. “Sí, efectivamente”. “Pero, ¿qué hacemos con ellos? Hay que sacarlos a como dé lugar”. Yo soy Titular C, que es lo más alto que hay en la UNAM, un sueldo de veinte mil pesos, más treinta y seis mil de antigüedad. Porque cada cierto tiempo te suman mil pesos. Entonces Narro nos preguntó: “¿cuánto les dan en el ISSTE?”. “Dieciocho mil pesos”. “¡Yo les doy veinte mil cada mes si se van voluntariamente!” Y aceptamos. Me ofrecieron seguro de gastos médico mayores, y yo pregunté si incluía el velorio y la incineración. “¡Eso va por su cuenta!”, me gritó una señorita. Ahora estoy pensando hablar con las autoridades de la universidad para que hagan un cementerio de *unamitas*, y así nos tengan ahí hasta la eternidad.

Suena el teléfono, Huberto Batis habla con la oficina de prensa del Instituto Nacional de Bellas Artes. “Ahorita no puedo contestarles, me están entrevistando”. Cuelga, respira profundo, se ve agitado quizás porque los últimos días ha estado en el centro de las miradas. Es uno de los últimos grandes editores y maestros de escritores en México. Y cuando un hombre así se ausenta inevitablemente deja una oquedad. Antes de continuar enciende el televisor.

¿Han dicho algo del huracán?

Sí, llegó a las costas de Jalisco y dicen que está alcanzado vientos de más de trescientos kilómetros.

¿Mi pueblo! ¡Ya nos llevó la chingada! ¿Quieres más café?

Conforme pasan los minutos Huberto Batis se ve más inquieto gracias a que el equipo de prensa de Bellas Artes avisó que venía en camino. La última hora los noticieros han informado que el huracán Patricia causó estragos en las costas de Jalisco. Las escenas son catastróficas: calles destrozadas, ríos desbordados y poblaciones a la expectativa de un desastre mayor. “Hasta que pasa algo interesante en ese pinche pueblo”, dice Batis, mientras bebe un poco de jugo de naranja.

¿Qué pasa maestro, está nervioso?

Me tiene intranquilo lo del homenaje nacional, quisiera ir, pero el médico me lo prohibió. Les dije a los organizadores que no podía estar presente y me propusieron una videoconferencia, me pidieron que grabara una cápsula de quince minutos. Van a anunciar en los carteles “presencia virtual de Huberto Batis”. ¡Entonces nadie va a ir! Van a ir a escuchar qué dicen de mí Julio Aguilar, el director del *Confabulario*, Miguel Ángel Díaz Monges y Guillermo Fadanelli. Pero Fadanelli no fue alumno mío, él es ingeniero. ¡Quién sabe qué van a decir! ¡Me van a madrear!

No creo, maestro, todos reconocen su magisterio. Será un buen homenaje.

Julio Aguilar fue mi alumno y después trabajó en *Sábado*, es un buen editor. A Guillermo Fadanelli lo publiqué mucho y nos hemos frecuentado todos estos años. Ellos me han venido a ver, porque a otros que ayudé ya ni se acuerdan de mí. ¡Pero no sé qué voy a decir, estoy muy angustiado! Hace rato mi esposa Patricia me preguntó si ya sé de qué voy a hablar y no tengo la menor idea. ¿Ya viste que mi esposa se llama igual que el huracán?

Suena el timbre de la casa. “¡Ahí están! ¡Ahora sí me llegó la hora!”, dice Batis. “¿Estoy presentable?, quiero que se justifique que no estaré ahí. No quiero que me vean moribundo”. “Está usted magnífico, maestro”. Se escucha alboroto en las escaleras, el equipo de Bellas Artes llega con cámaras, cables, micrófonos, luces. De inmediato los asistentes improvisan un pequeño set buscando el mejor lugar para empezar la grabación. El encargado explica que se trata de elaborar un video

informal, sin guion, en el cual Batis improvise un discurso. Me piden que me siente en una silla frente al maestro para que tenga con quién dialogar, si así lo desea. Huberto Batis se yergue, mira fijamente a la cámara, comienza:

“Muy buenas tardes. Desgraciadamente, aunque hubiera querido estar con ustedes, debido a mi estado de salud, que es un poco grave, me han dicho los médicos que es imposible pues la hora me puede afectar. Tuve una neumonía que casi me mata, estuve un mes en el hospital y cuando Mauricio Montiel, director de literatura del INBA me propuso hacer un homenaje hace algunos meses, yo pensé que estaría bien. Y ahora los médicos me dicen que voy a tener que usar oxígeno toda mi vida, al cabo que ya no es mucha. “Al cabo que ya va a ser poco tiempo”, dijeron los médicos. ¿Hijos de su madre no?

“Yo vine por primera vez a Bellas Artes a los quince años y quedé admirado de las mujeres desnudas que están en la entrada. Después vine invitado por Agustín Yáñez y José Luis Martínez que habían sido mis maestros en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, mi alma máter. Dirigí la Revista de Bellas Artes en la mejor época que ha tenido la revista literaria de esta institución; no se había dado una publicación que fuera una obra de arte con colaboradores como Octavio Paz, que publicó ahí parte de su libro sobre Marcel Duchamp; o José Revueltas, que escribió desde la cárcel páginas memorables. Y la revista duró seis años en una época nefasta para México porque fue la época de Gustavo Díaz Ordaz, el asesino de estudiantes, el asesinato de muchos de mis compañeros y maestros. Muchos de mi facultad fueron a dar a prisión. A Agustín Yáñez le pedían que renunciara a la SEP y a José Luis Martínez al INBA como un acto de protesta. Y Díaz Ordaz los insultó, les dijo: “se largan cuando yo quiera o bala”. Teníamos que hablar en secreto porque había micrófonos en la oficina de Agustín Yáñez y en la de José Luis Martínez. Todo Bellas Artes estaba lleno de micrófonos. Yo no sé si ahora el presidente actual actúe de esa forma, pero en el 68 era una realidad el espionaje continuo. Incluso yo hice un número en la revista que decomisaron porque traía un grabado de Pablo Picasso de una pareja desnuda haciendo el amor, o cogiendo, como se diría en Castilla. ¿Y Castilla qué es? Pues nues-

tra chingada madre. Porque los dueños de México siguen siendo españoles.

“Gracias a la directora de esta institución estoy aquí hoy, y estuve antes cuando me dieron la medalla de oro de Bellas Artes, y estuve antes cuando me celebraron mis setenta años. Y ahora me van a celebrar mis ochenta años. Amigos y alumnos muy queridos a quienes inicié en el camino de la edición de publicaciones están aquí, y saben quién soy como maestro y como editor. Escribí muy poco, pero tengo también algunos libros para literatos. Cuando me dieron la medalla de oro, Consuelo Sáinzar, que era la directora de CONACULTA, dijo que me daba el reconocimiento por ser maestro de maestros, maestro de escritores. Cuando cumplí setenta años, en el público estaban mis maestros Alí Chumacero y José Luis Martínez, que ahora se han ido.

“Tengo que decir, por último, que me han hecho participar en homenajes diversos aquí, en este recinto que fue mi casa. Estoy en presencia virtual. Se trataba que estuviera yo presente dialogando con los que van a hablar y con el público, pero no me fue posible. Al Instituto Nacional de Bellas Artes le han quitado la L, porque antes era el INBAL, Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, y por eso estoy yo aquí, porque yo pertenezco a la literatura, y ustedes están aquí porque aman la literatura, y por eso han venido a ver mi despedida. Porque eso es lo que es esta reunión, ya que no me queda mucho en la tierra. Y como decía mi padre, ahí les dejo encargado a ver qué hacen con el mundo, porque lo estamos destruyendo. Me dijeron que hablara un momento, que tenía unos cuantos minutos, de modo que como de costumbre, ya me estoy pasando. Todavía tengo tiempo de decirles muchas gracias que han venido, decirles adiós y encargarles lo que tanto tiempo hemos conservado en México, que es el arte y la literatura. Y el amor. Porque como decían los poetas indígenas de esta tierra, aquí venimos un pequeño rato, un momento, y pasamos como mariposas efímeras que viven un solo día y mueren al llegar la noche. Mi vida fue un día de ochenta años. Adiós”.

Hacia el final de su discurso a Huberto Batis se le entrecorta la voz y se detiene, limpia con un pañuelo algunas lágrimas que descienden por su rostro. Unos segundos después se escuchan

aplausos y Batis se ve más tranquilo ahora que ha terminado su discurso. “Tuve que fingir emocionarme porque si no, no me salían las palabras. Y estaban ustedes aquí para permitirme sentir el calor humano. Porque si hubiera estado solo ante una cámara no hubiera podido. No soy actor para que me salgan las palabras así nada más”. Llevan los elogios, los abrazos, las felicitaciones. La gente de Bellas Artes recoge las cámaras, agradece la disposición del maestro y se retira. Le pregunto a Batis cómo se siente; han sido demasiadas emociones y quizás sería mejor seguir la charla otro día. “¡De ninguna manera, ahora me toca despachar a mis contemporáneos!”, dice. “Siéntate, ahora pedimos más café”.

Bueno, pues usted compartió época con gente importante como Octavio Paz, Elena Garro, Juan Rulfo. ¿Con quién quiere empezar?

Elena Garro es quien hizo al Octavio Paz que todos conocemos. La señora que ahora administra su obra no me importa y ni siquiera sé su nombre. Porque la que me importaba a mí era Elena Garro y la hija que ambos tuvieron, Elena Paz Garro, que fue mi compañera y amiga, y a la cual publiqué sus poemas. Entonces Octavio me decía que su hija hacía eso para avergonzarlo a él, porque eran horribles sus poemas. Horribles o no, eran poemas. Y la de Elena Garro y la de Octavio Paz, era literatura de excelencia. Y a Paz le sobran biógrafos, corifeos y turiferarios, es decir, los que le echan incienso como el Papa a la figura de Cristo. Pero Paz no era un dios, era Octavio Paz Lozano, un hombre como cualquier otro. No era la divina garza.

Yo ya he contado cómo Octavio Paz cacheteó a Rulfo en la casa de Fernando Benítez, porque se enteró que el entonces director de Bellas Artes, Juan José Bremer, había decidido organizar el “Año Rulfo”. Imagínate ponerte con Octavio Paz, que estaba fuerte y guapo. Tenía los ojos azules, y se vestía de lino blanco para que resaltaran más los ojos. Y uno decía “¡qué bárbaro!”.

¿Y Juan Rulfo? Usted tiene una historia con Rulfo.

Yo le publiqué cincuenta mil ejemplares de *Pedro Páramo* a Juan Rulfo, pero fue por accidente, porque entonces era yo gerente del Fondo de Cultura Económica y en ese tiempo no había *offset*, sólo prensa plana y rotativa para los pe-

riódicos. Los libros se hacían en prensa plana y los tipos eran lingotes de plomo. Y entonces llegó un impresor que me dijo que le habían llevado una máquina muy sofisticada que imprimía y encuadernaba un libro en pocos minutos. Venía a ofrecer esa máquina para los libros del Fondo de Cultura y me propuso hacer una muestra de cincuenta mil ejemplares de un libro pequeñito. Y yo le pedí que fuera de *Pedro Páramo*. “¿Y qué es *Pedro Páramo*?”, me preguntó el impresor. Pues es la gran novela mexicana; Octavio Paz ha dicho que es uno de los momentos donde la literatura ha llegado a ser una obra de arte. El caso es que conseguí la publicación de los cincuenta mil ejemplares y se lo comuniqué a Rulfo: “Ya me chingaste”, me reclamó, “esa cantidad de libros no se va a vender nunca”. “Sí se van a vender porque van a ser muy baratos”, le dije. “Pues me chingaste lo doble, porque si ahora me dan un peso por libro, me van a dar diez centavos”. Pero *Pedro Páramo* es un *best seller*; Octavio Paz no vendía nada, ni vende ahora. Rulfo estaba asustado, y entonces cuando la SEP se enteró que teníamos miles de ejemplares en la colección popular, los compró todos y lo volvió libro de texto. Le quitamos la camisa y la pasta dura y lo hicimos accesible. La SEP lo divulgó en toda la república. Fue un golpe de suerte. “¿Quiúbole?”, le dije a Rulfo.

Juan Rulfo era muy rencoroso, le tenía rencor a todo. Él era un hijo de Pedro Páramo, lo traía en la sangre porque era descendiente de terratenientes. ¿Y cómo comienza *Pedro Páramo*? La madre pidiéndole “tienes que ir a buscar a tu padre”, y su padre es un montón de piedras derrumbadas. Cuando lo quiere buscar es ya tarde; es un tema brutal el de esa novela. Yo le dije a Rulfo, “oye, yo ya me di cuenta que hay algunos muertos en *Pedro Páramo*”, y él se enojó, “cómo que algunos, ¡todos están muertos!, ¡todos son fantasmas de Comala!”. Y él era de Sayula, un lugar peligrosísimo porque, ¿has escuchado hablar del ánima de Sayula? El ánima que viola a los hombres. Es muy peligroso estar en Sayula, tienes que entrar pegado a la pared.

¿Y de su otro paisano, el crítico literario Emmanuel Carballo, qué nos puede decir?

Con Emmanuel Carballo me llevaba bien y mal, siempre con mucha cautela, como los alacra-

nes. Pero ahora voy a contar una gran bronca que tuve con él. Resulta que a mí me dieron el Premio Fernando Benítez de Periodismo que se entrega en la Feria del Libro de Guadalajara, y Carballo estaba allá con su esposa Beatriz Espejo; estaba también Alberto Ruy Sánchez, y les pedí que hablaran el día del homenaje. ¿Y qué crees que me pide en el desayuno el cabrón de Carballo? “Vamos a darle en la madre a Benítez”, el hombre por quien me daban el premio, quien fundó los suplementos literarios en México. “Pues si tú no lo haces lo hago yo”, me amenazó. Y entonces cuando llegamos a la entrega del premio, uno de los reporteros nos acercó a los ponentes ejemplares de periódicos de Guadalajara, de *El Informador*, *El Occidental* y otros. Y empezó el diálogo, y cuando le tocó a Carballo, abrió uno de los ejemplares y dijo: “estos periódicos son una porquería; a ver Huberto, dime si no son una porquería”, y yo le contesté: “pues a mí me parecen muy buenos, mira los suplementos que están haciendo, hablan de Alberto Ruy Sánchez, hablan de Beatriz Espejo, hablan de mí... ¡ah y no hablan de ti! ¡Por eso dices que son pésimos!”. Entonces Carballo se encabronó, subió de tono la plática, y no me quedó más que decir que por la mañana me había pedido que destrozáramos a Fernando Benítez. Ahí estaba el rector de la Universidad de Guadalajara, estaba la prensa, ¡se hizo un escándalo! Entonces cuando me tocó hablar, Carballo interrumpió: “Ya Huberto, ya tenemos sueño, ya nos queremos ir a ver el carnaval”. Y todos aplaudieron, porque como la Feria estaba dedicada a Brasil, afuera había el puro ambiente. Yo pensé más tarde, Emmanuel y yo somos amigos porque los dos somos alacranes, si uno le pica al otro lo mata, entonces nos cuidamos.

Un personaje difícil Carballo.

Emmanuel Carballo era muy terco. Una ocasión lo habían operado de la próstata y lo invitaron a dar una conferencia en Guadalajara y a fuerzas quiso ir, porque el doctor le había dicho que podía viajar con muchas precauciones. Y en plena conferencia la herida se le abrió y él estaba vestido de blanco. Un desastre. Buscaron un hospital, pero era sábado y no hay nadie en Guadalajara en sábado, todo mundo sale. Entonces le hablaron a México al doctor que lo había operado y éste lo regañó porque le había

dicho que tuviera cuidado. El doctor les dijo que consiguieran rápido una ambulancia porque se iba a desangrar. Beatriz llamó a todas partes y después habló muy seriamente con su marido: “me ofrecen un cura para que ya descanses y la segunda opción es que venga tu cirujano en un avión”. “¡Mejor el cura! ¡Cuánto me va a cobrar el doctor!”, gritó Emmanuel. Cuando finalmente pudieron atenderlo, Beatriz se reía mucho porque ella le hizo la broma del cura. “¡Por codo!”. Una vez con Beatriz y otros compañeros hicimos una fiesta de pies descalzos muy comprometedor, pero luego hablaré de eso. Cuando murió Carballo yo me entristecí mucho, le dio un infarto fulminante. Llamé a su casa, pero me negaron la llamada. Aunque ambos éramos alacranes, también éramos paisanos y amigos.

¿Y Juan García Ponce?

Fue mi gran amigo. Ahora que casi no me puedo mover comprendo a García Ponce, que era cuadrupléjico. Un día yo le hice una pregunta muy poco decorosa: “¿oye Juan y tú ya no tienes erección?”. “¡Cómo crees, yo ya no puedo excitarme!”, me dijo. “¿Y entonces cómo haces?”. “¡Pues escribo novelas!, ¿no has leído mis novelas?, hay una que comienza: ‘Quiero que me cojan todo el día y toda la noche’. Son dos hombres que están con una mujer en la cama”. “¿Y quiénes son esos dos? ¿Tú y yo?”, le pregunté una vez, “¿y a quién nos cogemos?”. “¡Qué estúpido eres, Huberto! ¡Cómo voy yo a permitir que tú vengas con la mujer que estoy yo! ¡Soy yo mismo desdoblado en la ficción!”. “Bueno, es que yo había pensado, como somos muy amigos”.

Por qué no habla de los años de *Sábado* y el ambiente de las publicaciones de esa época. Los editores importantes, Fernando Benítez, Julio Scherer, Becerra Acosta.

Cuando yo llegué a la ciudad de México a mediados de los cincuenta, Fernando Benítez ya era un capo, era un mafioso tremendo. Pero después perdió su poder porque todos se fueron con Octavio Paz a *Vuelta*, porque les pagaba más. A Benítez yo le aprendí mucho. Con *Proceso* teníamos diferencias, porque tanto ese equipo como los que hicieron el *Unomásuno*, eran gente del *Excelsior*, pero eran proyectos muy diferentes. Julio Scherer era el director de *Proceso*, y el subdirector era Becerra Acosta, quien quería

fundar un periódico y Scherer una revista. *Proceso* era un semanario aburridísimo porque te contaban lo que ya había salido en el periódico en la semana. ¡Pero ya para qué, ya lo vimos todo! Un semanario debe ser variado y quien tenga columnas fijas debe ser un auténtico chingón para que realmente esté aportando a la publicación. Porque la mayoría están apurados por escribir su columna y eso se nota. Miguel Ángel Granados Chapa me contaba que él iba a recoger colaboraciones a *Proceso*, y que cuando llegaba, le decían, “ay espere un momentito, siéntese, tómese algo”. Se quedaba en su coche y se dormía mientras los colaboradores se ponían a escribir su columna. En *Sábado* teníamos algunos fijos, pero eran muy buenos; Juan García Ponce, por ejemplo; y yo tuve mi columna, sin compararme con aquellos, desde luego. Hace poco me propusieron escribir en *Confabulario*, de modo que otra vez escribiré para suplementos, quién iba a decirlo.

¿Y *Proceso* qué línea traía originalmente?

Proceso es una revista católica, porque Julio Scherer era católico y su padre era un jesuita. Vicente Leñero también era catoliquísimo. Y Ramón Xirau, otro católico, fue consejero de Julio Scherer. A mí me invitaron a pertenecer a la mafia de los católicos, fui a comer con ellos, los escuché y dije ¡ni muerto! Conocí bien a todos ellos, a Scherer, a Leñero, a Ignacio Solares, otro católico. Si tú ves el guion de *El crimen del padre Amaro*, es de Leñero, y por fortuna resultó una película erótica y herética. A la muchacha le ponen el manto de la Virgen María y la vuelven la novia sagrada. Scherer y Becerra eran ambos grandes editores, y ambos tenían otra familia. Becerra tenía otra esposa apellidada Molina, que era una de las dueñas de la Pepsicola, imagínate el dineral que tendrían. ¿De dónde crees que salió el dinero para el *Unomásuno*? ¿Del dinero de Miguel de la Madrid? De ahí sólo salía para los chicles porque era un tacaño.

Batis habla de la complicada situación que actualmente viven las revistas literarias, de la dificultad de conseguir presupuesto y ganar un sitio en un mercado que cada vez se interesa menos por la cultura; aun así, afirma, prefiere la publicación impresa. Aparta algunos volúmenes biográficos que ha publicado la editorial Ariadna: Hu-

berto Batis entre libros y Huberto Batis, 25 años del suplemento Sábado de Unomásuno, donde se recopila la memoria de la célebre publicación. Enseña una imagen dando su primera clase en la Facultad de Filosofía y Letras en el verano de 1959. “Eran clases para alumnos norteamericanos, porque para impartir a los nacionales debías tener maestría. Cuando yo obtuve el grado de maestro ya pude dar clase a mis paisanos”. Muestra fotos en Guadalajara, su boda con su primera esposa, Estela Muñoz, cuando contaba con 23 años; otra de sus padres y otra de él mismo a los quince años de edad. “Mira qué bello era, y mira lo que soy ahora”. Sigue hojeando, se detiene en sus colaboradores: Ignacio Padilla, Enrique Serna, Guillermo Fadanelli, Xavier Velasco. Pasa las páginas y aparecen sus alumnos: “Este es Guillermo Sheridan, que me robó Octavio Paz. Por acá está Marcelo Uribe, que ahora dirige la editorial ERA. Aquí tenemos a Adolfo Castañón, académico de la lengua y ensayista brillante; Pura López Colomé, excelente poeta y traductora; Catalina Miranda, jefa de redacción de Sábado; José Manuel Recillas, articulista y corrector puntilloso; Alberto Ruy Sánchez, narrador extraordinario; Julio Aguilar, de lo mejor que tuve en el suplemento”. Las imágenes se suceden: Batis con sotana en el colegio jesuita, Batis feliz dentro de un bote basura, Batis pateando la puerta de un museo en Durango; Batis en la desordenada oficina de Sábado: “Mira aquí estoy con mis jefes, Benítez y Becerra Acosta. Y aquí hay otra con toda la mafia: Fernando Benítez, Juan José Gurrola, Juan García Ponce y Juan Vicente Melo. Yo frecuenté mucho a Héctor Azar, Cristina Pacheco, Tomás Segovia, Carlos Monsiváis y José Luis Cuevas, un excelente amigo al que ya no volví a ver”. También guarda un espacio para sus colegas de la Facultad de Filosofía: Federico Patán, Jorge López Páez, Anamari Gomís, Gonzalo Celorio, Carmen Galindo, Federico Álvarez, Luis Mario Schneider, Eugenia Revueltas, Hernán Lavín Cerda, Margo Glantz, Arturo Souto, Horacio López Suárez, Paciencia Ontañón y Juan Manuel Lope Blanche. Y no faltan los críticos de cine, Andrés de Luna, Gustavo García y Luis Ayala Blanco, “todos grandes amigos”. “Y mira los erotómanos de Sábado, Ecko, Macario Matus y Rocío Barrionuevo”.

Son demasiados rostros, demasiados años en el inframundo literario mexicano. Y tantos otros que ya murieron como mi amigo Enrique

Alonso Cachirulo e Inés Arredondo, que fue mi amor tormentoso. Al final todos nos iremos.

Poco antes de que su enfermera llegue con la comida, Huberto Batis muestra con particular orgullo una caricatura legendaria: “Esto causó mucha ámpula cuando la publicamos: Octavio Paz, como un Zeus energúmeno aventándonos rayos desde el Olimpo de Televisa a mí y a Fernando Benítez. Después Paz escribió que éramos piratas de la literatura, porque publicamos un poema de Jorge Luis Borges que nos dio Guillermo Schavelzon, quien trajo un ejemplar de El Clarín, y nosotros aplicamos la operación tijeras y lo sacamos en Sábado. Y Vuelta lo iba a publicar porque ya le habían pagado cincuenta dólares a Borges. Enrique Krauze me habló para reclamarme que ya habían pagado por ese poema, ‘¿y ustedes qué hicieron?’, ‘pues nos lo pirateamos’, le dije. Pero el poema ya estaba en prensa y salió en Vuelta y en Sábado al mismo tiempo, entonces parecía que el pirata era Paz y por eso estaba que echaba humo. Cuando me comentaban eso yo ponía un rostro indignado, ¡pero como es posible, hasta dónde han llegado! ¡Y Octavio Paz le reclamó a Borges también! Pero Borges era inocente, él le aclaró que no nos había dado nada”.

En los noticieros informan que el huracán Patricia ha avanzado a la zona centro del país. Huberto Batis se ve cansado, apenas ha comido en todo el día. “Ya me está cansando la tormenta esa. Es un chorrillo apenas para ser el Apocalipsis que esperamos”.

Llevamos casi cinco horas hablando, maestro. Creo que lo voy a dejar descansar. Muchas gracias de verdad.

Gracias a ustedes. ¡Mira qué nublado se puso todo! (Huberto Batis señala el cielo y se queda mirando largo rato por la ventana donde ya ha anochecido). Pues no sé si nos volveremos a ver. Si no, pues nos vemos en Comala.



